

—Todas las mañanas, hasta que el asunto esté terminado nos veremos y le diré lo que se ha de hacer durante el día.

La conferencia había terminado; los dos hombres abandonaron juntos el café satisfechos el uno del otro.

El robusto criado se retiró por la avenida de la Pique, escuchando aquel murmullo de admiración que al solo nombre de su amo se producía en todas partes, destacándose entre estremecimientos de codicia las dos sílabas de aquel nombre mágico:

¡Mosés! ¡Mosés!

Este nombre flotaba en la atmósfera y no cesó de vibrar hasta que el ayuda de cámara desapareció de las miradas del público detrás de la estatua de Etigny, orgullo de los Luchonenses.

Pedro Arros, con el alma henchida de alegría por la avalancha de prosperidades que se le venía encima, empezaba á cumplir su consigna.

Se quedó en espera, apoyándose en su tilo.

VII

Odio á muerte.

El marqués Huberto de Caussédé era el colmo de la delicadeza y la distinción.

Además sabía ser franco cuando le convenía.

Los Caussédé gozaban de general esti-

mación en el Bearn y era cosa de todos sabida que nunca habían hecho traición á sus amigos.

Ahora bien, Caussédé era el íntimo, el indispensable del joven barón Jacobo Mosés, y algunas de sus palabras referentes á este camarada de su juventud necesitan explicación, así como también debe explicarse la amistad de un gentil-hombre de buena cepa con aquellos aventureros de alto vuelo.

Ya se habrá podido comprender, que el marqués de Caussédé, estaba muy lejos de experimentar por su compañero, los sentimientos de que hacía gala.

En efecto; si alguna vez un hombre, llamándose amigo de otro, casi su hermano, sentándose constantemente á su mesa y viviendo con él en la mayor intimidad, ha podido ser su mayor enemigo, este hombre era el marqués de Caussédé.

Diremos primero donde había nacido la amistad y luego el odio disimulado del bearnés.

La amistad databa de quince años.

El barón Isaac Mosés, que ya en onces era inmensamente rico, gracias á sus poco delicadas especulaciones financieras, habitaba un vasto hotel por el centro de la calle de Ecuries-d'Artois.

Las incidencias de vecindad le pusieron en relaciones con Caussédé, que habitaba en compañía de su madre, viuda, una modesta casa contigua al hotel Mosés.

El barón, alemán ó, mejor dicho, cosmopolita, tenía un hijo de edad de catorce ó quince años, que era próximamente la edad que también contaba Huberto.

El muro que separaba los jardines de las dos casas era de poca elevación, y por consiguiente, fácil de escalar.

Este fué el origen del conocimiento.

La amistad se inició sobre la cresta de la pared, y no tardó en ser una verdadera intimidad.

Trascurriendo el tiempo, los niños acabaron por hacerse hombres.

No tardó el joven marqués en apreciar la lealtad de su compañero; pero como toda ciencia cuesta cara, Caussedé, como tantos otros, tuvo que pagar la suya bien cruelmente.

Ocurrió esto con motivo de su primer amor, que suele ser á menudo el más delicioso y el que deja en el corazón recuerdos más duraderos.

La marquesa, inconsolable por la pérdida de su marido, que murió siendo coronel de dragones, en la batalla de Borny, durante la desastrosa campaña del 70, vivía retirada y casi separada del mundo.

Además, estaba atacada de una casi completa ceguera, por lo que tenía con ella, en calidad de lectora y señorita de compañía, una hermosa joven, nacida en Burdeos y llamada Florencia.

A su belleza, alegre y provocadora, reunía esta joven nobles cualidades del corazón y un claro talento; pero el recuerdo

de su infancia y la brusca transición que hubo de sufrir en el mundo á la muerte de sus padres, con los que había estado en muy risueña posición, y al morir la dejaron casi en la miseria, produjeron en su carácter el desastroso efecto que causa una gota de ácido en un jarro de leche.

Huberto Caussedé se apasionó de la joven bordelesa con el ardor de sus veinte años, y no le fué muy trabajoso hacerla partícipe de su amor.

Su secreta inteligencia con la lectora de su madre fué para él durante quince meses tanto más deliciosa cuanto que estaba rodeada del mayor misterio.

En el ardiente entusiasmo de su juventud, fué apasionándose más y más de esta linda morena, que ocultaba un corazón seco y sin afectos, bajo apariencias de cariño y demostraciones de agrado que fingía con el enamorado marqués.

En cambio él, se expresaba con la mayor sinceridad cuando dejaba deslizar en su oído en delicados términos sus protestas de afecto y eterno cariño.

Eterno, sí, porque allá, en las misteriosas resoluciones de su fuero interno, se había prometido unirse para siempre con aquel su primero y ardiente amor, esperando únicamente para hacerlo que su madre, cuya salud declinaba de día en día, le dejara solo, evitándola así el disgusto que á no dudar la hubiera causado semejante resolución.

Ahora bien; de pronto, cuando menos lo temía, cuando se embriagaba libremente con aquel amor que le hacía dichoso, y del que no era digna la hermosa Florencia, ésta desapareció, dejándole como única señal una carta en la que con breves palabras le dejaba entender que se entregaba á otro, sin entusiasmo, friamente, únicamente por dinero, porque deseaba ser rica y desquitarse de las miserias pasadas y de las privaciones sufridas.

Aquel golpe terrible dejó al joven profundamente abatido.

Pocos días después su madre moría súbitamente, cuando los médicos aseguraban que languidecería aun unos cuantos años.

Huberto de Causstedé tenía el alma templada como los buenos aceros toledanos. No hizo ningún género de pesquisas para encontrar á la fugitiva.

Tenía sus dudas y no las comunicó á nadie.

Puso sus negocios en orden, cosa no difícil, pues era el único heredero de su madre y exclusivo representante de la antigua familia Causstedé Rabastens, y después fué en busca de uno de sus parientes, coronel de un regimiento de dragones, en el que se alistó.

Dos años después, siendo sargento, y estando de guarnición en La Fere, encontró en un periódico, entre los hechos diversos, con el epígrafe de «Una muerte misteriosa», la noticia siguiente:

«En una de las elegantes habitaciones que se levantan en los alrededores de la Muette, se ha podido ver hace dos ó tres meses una joven hermosa, que vivía acompañada únicamente de sus criados, un cocinero, un cochero y una doncella.

»Esta joven, íntimamente relacionada con el heredero de uno de los mayores capitalistas de Francia y probablemente del mundo entero, ha sido hallada muerta en su lecho esta mañana.

»Cerca de ella, en un vaso vacío, se han encontrado restos de una sustancia, que los médicos piensan debe ser la acotina.

»Esta trágica muerte de una mujer á la que por todas partes parecía sonreír la existencia, abre ancho campo á las conjeturas.

»Quizá el joven barón J. M. podría decir algo á la justicia sobre las causas de este envenenamiento; pero la salvaguardia de sus muchos millones le pone á cubierto de las molestias pesquisas judiciales.»

En el momento en que Causstedé leía con el mayor estupor esta oscura noticia, le entregaron una carta concebida en los siguientes términos:

«Amigo mío:

»Amargamente me reprocho la falta que contigo he cometido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1915
1523 MONTERREY, MEXICO

»Vengo expiándola cruelmente con dos años de di-gustos y sinsabores, y no quiero morir sin pedirte perdón por el mal que te he hecho.

»La vida á que estoy sometida es una carga bien pesada. Dentro de un instante me veré libre de ella.

»Si hubiera podido esperar perdón, hubiera vuelto á tí; pero sé que tu orgullo ofendido te hubiera hecho inflexible.

»Tengo de ello absoluta seguridad.

»Adiós, muero de pena por haberte perdido.

»FLORENCIA.»

El marqués de Causédé concluyó su compromiso en el regimiento, y al recordar su vida de hombre de mundo en París, á los veintiseis años de edad, encontró á su antiguo camarada de Ecuries d'Artois, instalado con su padre en el magnífico hotel que habían comprado en la avenida Gabriel, considerablemente reformado y embellecido.

Jacobo Mosés, era quien le había quitado su cariño, su pasión que debía ser la más grande y casi la única de su vida.

A consecuencia de esta atroz decepción, el marqués concibió un profundo desdén por las mujeres, y al mismo tiempo una sorda irritación y un odio violento contra aquel amigo, culpable de semejante traición.

Pero este odio, por muy grande que fue-

ra, sabía encubrirlo cuidadosamente en el fondo de su alma.

Desde entónces, esperaba con ansia la ocasión de vengarse.

Seguía á todas partes á su amigo Mosés, como aquel inglés original que acompañaba á un domador de fieras á todas sus excursiones, con la esperanza de verle devorar.

El bearnés pensaba que la altanería de su compañero, su egoísmo y su falta de sentido moral, habían de crearle profundas enemistades.

Además, por todas partes empezaba á elevarse un sordo clamoreo contra aquellas fortunas insensatas, tan bruscamente hechas con los despojos de millares de víctimas.

Cruelmente ofendido, escéptico y egoísta á su vez, guardando en su corazón todo el dolor de su antigua herida, Causédé reunía al padre y al hijo en una misma aversión y tuvo una alegría venenosa cuando comprendió toda la intensidad de la infame pasión que el barón abrigaba.

Sentía que de día en día el deseo del barón, acostumbrado á ver que todo se doblegaba ante su voluntad, se exaltaba con los desdenes de Benedetta.

El antiguo amante de Florencia se regocijaba.

Conocía bien á sus paisanos y sabía que no perdonaban las afrentas, guardando todos como reliquias, afilados cuchillos para vengarlas.

Sin embargo, durante los días que siguieron á la entrevista del ayuda de cámara con Pedro Arros en el café Arnativo, se encontró desorientado.

Así trascurrieron algunos días.

La noche en que se verificó el crimen, el barón Mosés salió con su hijo y con el marqués.

Después de cenar como Lúculo en el hotel Sacarón, se mostró con un buen humor, que no estaba exento de fiebre, y se dirigieron al Casino próximamente á las nueve.

Cuando aparecieron en los salones, hubo extraño movimiento en los grupos.

Allí se reunía toda la flor de los boulevares de París. Muchas jóvenes de conducta dudosa eientan gustosas sus reales en este país delicioso donde refrescan la sangre en la proximidad de las nieves y de los torrentes que surcan sus montañas.

Además la caza á que se dedican estas Dianas suele ser tan fructuosa en los montes de Superbagneres y sus alrededores, como en las avenidas del bosque de Bouloine.

Los Mosés, padre é hijo, el viejo y el joven, eran un botín de primera fuerza, y la afortunada cazadora que hubiese hecho blanco en ellos hubiera suscitado á su alrededor muchas envidias.

Se escucharon murmullos de admiración entre la multitud.

¡El Barón!

El era quien tenía la fortuna entre sus

manos y podía estenderla como la lluvia de Danae sobre sus favoritos.

¡Un verdadero triunfador!

¡Cuántas miradas insinuantes! ¡Cuántas humildes inclinaciones.

Verdad es que casi toda la concurrencia se componía de cortesanos y muchachas viciosas.

¡El Barón! Esta palabra parecía ir acompañada de un tintineo metálico, de una lluvia de ligeros papelillos que fascinaba y arrastraba á la multitud como arrastran á las turbas populares los marciales acordes de la música de un regimiento.

Jacobo Mosés había desaparecido.

Al ir á cruzar á la segunda sala había sentido que una mano delicada se apoyaba en su hombro, y una voz suave murmuraba á su oído.

—¡Jacobo!

¿Acaso necesitaba más para esquivarse entre las sombras y recrearse en sus cenagosas aventuras?

El barón Isaac quedó solo con Causse-dé y pasó su brazo por el del joven, que no tardó en darse cuenta de que el barón estaba inquieto y profundamente emocionado.

De cuando en cuando se detenía y escuchaba los pasos de los que venían detrás, como si en visperas de un gran suceso esperase una noticia que tardaba.

A menudo lanzaba rápidas miradas al gran reloj luminoso del casino.

Entonces quedaba algo más tranquilo.

Aun no eran las diez; es decir, aun no era tiempo.

El concierto que distraía el ocio de los concurrentes terminó, empezando los fuegos artificiales.

Durante algunos minutos, curvas luminosas y espirales de fuego, acompañadas de sonoros estallidos y de un incesante chisporroteo, alumbraron la noche entre los artísticos macizos del jardín.

Poco después, las detonaciones, multiplicadas por el eco en las montañas vecinas, cesaron, y todo quedó en silencio.

Los grupos fueron dispersándose lentamente; las luces de los jardines se apagaron, y únicamente quedó alumbrado y alegre el casino.

El dios de la armonía, representado por un director de orquesta pequeño y obeso, cedió su puesto al demonio del juego, servido por una legión de *grupiers*.

—Vamos allá—dijo el barón á su compañero.

—Qué. ¿quiere usted hacer carocas á la sota de bastos?

—En algo hemos de pasar el tiempo.

—Ya sabe usted que yo no alterno... Es una regla que me he impuesto.

—Usted es un sabio—dijo el barón;—pero por una sola vez hasta un sabio puede dejarse seducir.

—De ese modo no cobraría mucho tiempo mis rentas; quiero vivir tranquilo y

divertirme únicamente con la locura de los otros.

—Bueno, en ese caso podemos asociarnos; yo pondré el capital, las ganancias las partiremos y las pérdidas las sufriré yo solo; ¿qué tal?

—Eso es que usted me hace un regalo.

—¿Y usted lo rechaza?

—Sí—dijo el bearnés con indiferencia, mientras pensaba:

—Quiere tenerme aquí á toda costa... ¿Qué sucederá?

Atravesaron con lentitud las habitaciones que precedían al gran salón de juego y cuando por fin llegaron á él, un grupier gritaba con voz estridente:

—Señores, se subasta la banca.

En Luchón se juega mucho, atrozmente, lo mismo por supuesto que en todas las estaciones veraniegas.

Las pujas se sucedían sin interrupción.

—Venticinco lúises.

—Cincuenta.

—Ciento.

—Mil.

Entonces se escuchó la voz del barón Mosés.

—Banca abierta!

El silencio se hizo, lo mismo que el desierto calló al escuchar el rugido del león.

No tenemos la pretensión de dar á nuestros lectores un curso de *baccarrát*, y de entrar en una multitud de detalles odiosos, con motivo de una de esas colosales

partidas que pueden verse todos los días en París y en los casinos del mundo entero.

Ya se sabe que al *bacarrat* el banquero juega contra todo el mundo.

Banca abierta quiere decir que los jugadores pueden poner sobre el tapete la cantidad que quieran.

El marqués de Causседé había dicho la verdad; nunca jugaba.

Apenas si algunas veces, por distracción, apuntaba unos cuantos lises; ¡una bagatela!, pero en cambio observaba con atención.

El barón Mosés se había sentado enfrente del grupiér.

El tapete verde estaba cubierto de oro, billetes y talones que representaban la fortuna de diez familias.

Durante una hora, la batalla fué encarnizada.

El ejército de los jugadores atacaba con ensañamiento al enorme baluarte que tenía á su frente, pero en el juego como en la guerra, la fortuna se decide muy á menudo por las tropas más numerosas.

Las ganancias del banquero iban aumentando de instante en instante y llegaron á ser formidables.

Sin embargo, Causседé observaba con asombro la irritación creciente del Barón.

Indiferente á la ganancia como á la pérdida, manejaba las cartas con verdadera fiebre. A cada momento consultaba su reloj y lanzaba rápidas miradas á la

puerta como si esperase algún aviso muy interesante.

A las once, por fin, lanzó un suspiro de satisfacción.

Un criado se acercó á él y le dijo al oído estas palabras:

El ayuda de cámara del señor barón desea verle.

—Está bien—contestó, mientras su rostro se contraía con una diabólica sonrisa.

Y abandonando la enorme suma que tenía delante, se volvió bruscamente á Causседé que permanecía de pie detrás de él.

—Hágame el favor de continuar por mí. Crédito ilimitado hasta que vuelva; ganando de este modo no me es posible abandonar el juego; eso sería indecente.

Causседé no pudo rehusar.

Tomó asiento en el sitio aun caliente del barón, mientras pensaba:

—¡Buena me la has jugado, pero te aseguro que tendré mi revancha!

El barón Mosés ganó rápidamente el vestíbulo, donde encontró á Próspero que le dijo en voz baja:

—Asunto concluido; la encontrará usted en casa, dormida.

VIII

¡Mancillada!

El normando pronunció aquellas frases execrables con insana alegría, con una